



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 287 – 15 de septiembre de 2017

En este número

Te ofrecemos

1. **No creas a quien te hable de democracia**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **El exministro García Margallo, no sabe lo que dice**, *José M^a García de Tuñón Aza*
3. **Problemas de tráfico**, *Manuel Parra Celaya*
4. **La sospechosa actitud de nuestra clase política**, *Honorio Feito*
5. **Sobre el día de la «Diada»**, *Gustavo Bueno*
6. **Sedición anunciada**, *Antonio Burgos*
7. **Puigdemont tiende una mano al gobierno**, *Ica Anguera de Sojo*
8. **La discriminación ideológica**, *Hermann Tetsch*
9. **La república barataria o las imposiciones sectarias**, *Nacho Toledano*
10. **Tres de cada cuatro ciudadanos reclaman más rigor a la Justicia ante el órdago secesionista**, *Fernando Cancio*

No creas a quien te hable de democracia

Emilio Álvarez Frías

Está claro que eso de la democracia es como una figura poliédrica: con innumerables interpretaciones. Al menos es lo que nos dan a entender los políticos, pues cada quien le da una aplicación distinta en función de los intereses que mantiene cuando emplea la palabra. No son los de aquí o los de allá, son todos. Incluso el pueblo soberano, que teóricamente sabe menos de estas cosas, también hace un uso muy generoso del vocablo y lo maneja a discreción según para qué. Como el de libertad. ¡Cuántas clases de libertad hay!

En la España actual, en las que el término democracia está hasta en la sopa, las variantes son inmensas. Incluso no ya en el personaje que la utiliza, sino en el momento, en la hora en que echa mano de ella. Así, Puigdemont, ese aprendiz de político que cree sabérsela toda, estos días, desde que tras encaramarse en la presidencia del gobierno de Cataluña se ha considerado como un nuevo tambor del Bruch que, con el redoble de su parlamento, es capaz de vencer a cualquier fuerza, del tipo que sea, que se oponga a sus designios; y para ello utiliza con generosidad la palabra democracia, la da innumerable vueltas, considera que su democracia es la buena y no la de los demás, etc.

Por otro lado está Pedro Sánchez. Sin rubor, se ha subido al podio más elevado de todos los tiempos del socialismo, jurando que lo va a enmendar para ponerlo en el buen camino, y considera que de su portentosa mente ha de salir la salvación de España, y casi del mundo entero. Como no podía ser de otra forma, también es rumboso en usar el término democracia, como toda la izquierda, pero sometiéndola a los dictados de su ideología y proyectos que, por el momento, son más bien vagos. Para él los demás no saben lo que es democracia y no la han utilizado en su vida, sino que emplean procedimientos viejos con sus seguidores y atentatorios

contra las masas; gentes éstas que, está profetizado, han de seguirle a él porque, está cantado, les va a dar pan y todo lo que necesiten, como el flautista de Hamelin daba sonidos gratos a las ratas, desconociendo aquellos que igual que el flautista llevó a las ratas al río para que se ahogaran, Pedro llevará a las masas al desastre por lo erróneo de sus planteamientos. Pero todo hecho con mucha democracia.

Y ahí está Pablo Iglesias, el ingeniero de la política, que hace con ella juegos malabares con lo que intenta confundir a sus seguidores y a sus opuestos, pues, ahíto de democracia, promueve asambleas de ciudadanos para darles carnaza con la que se solacen pero luego no hace el más mínimo caso a las resoluciones que adoptan (por lo general absurdas y hace bien en meterlas en el cajón); crea figuras y figurantes para quemarlos en cuanto le producen alguna molestia o considera que se están pasando de hasta donde él consideraba debían llegar; habla de la democracia venezolana como el paradigma de la convivencia de los pueblos, pero al momento siguiente omite mencionarla para enarbolar otra democracia sacada de la manga con la misma facilidad que un tahúr del Misisipi manejaba las cartas de la baraja; pero, sin que se dé cuenta, con sus gestos, actitudes y manifestaciones en los medios de comunicación u otros foros, demuestra tener las mismas propensiones e inclinaciones que sus mentores intelectuales, los comunistas marxistas que la democracia se la pasan por debajo del tacón del zapato.



Hay más, muchos más personajes que hacen juegos de manos con la palabra democracia y se consideran unos demócratas inveterados desde el mismo momento de su concepción.

Po ello, les recomendamos, no crean a nadie que les hable de democracia; obsérvenles y solo atiendan a los que demuestren la ejercen en la realidad.

A algunos no los crean nada, pues están pirados, como Puigdemont.

También en los botijos, no hay que fiarse demasiado, pues así como hay que tener cierta reserva con los manipuladores de personas, hay que hacerlo con quienes manejan la arcilla, pues existen quienes sienten la curiosidad de conocer la reacción de los que utilizan sus obras artesanas. En el botijo de tronco que presentamos hoy se da este caso: el alfarero, de Almería, aunque desconocido, lo ha elaborado con el propósito de reírse, sin mala intención, del usuario, probablemente un amigo. No vamos a descubrir las ardidés puestas en escena por el artista, pues deseamos ver cómo lo manejan nuestros paisanos para echar un trago. Tampoco vamos a intentar definir qué entendemos por democracia, pues nos resultaría difícil definirlo de forma eficiente para que nos crean.

El exministro García Margallo, no sabe lo que dice

José M^a García de Tuñón Aza

Un buen amigo mío me ha pasado el enlace del periódico digital *eldiario.es*, donde el periodista Rodrigo Ponce de León a quien fue ministro de Asuntos Exteriores, José Manuel García Margallo, le hace la siguiente pregunta:

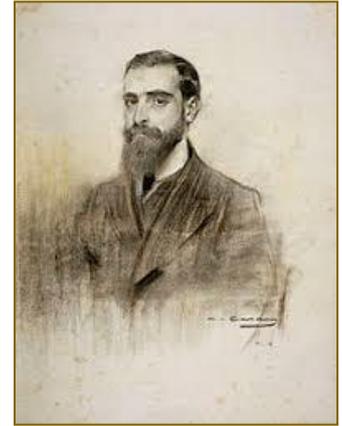
En su libro apunta, como Francesc Cambó, que el problema catalán se puede encauzar. ¿Es posible con una mayoría independentista en el Parlament de Catalunya?

Y el ex ministro responde:

Es posible con cualquier tipo de mayoría. Para encauzar el problema lo que primero hay que hacer es diagnosticarlo. Cambó decía que hay dos realidades que son indiscutibles: una identidad catalana y un componente esencial hispánico de esa identidad. De esos dos fenómenos caben

distintas posturas: el asimilacionismo, la eliminación de la identidad catalana como pretendían José Antonio Primo de Rivera o Francisco Franco, y el secesionismo que, es negar el componente hispánico de la identidad catalana. La Constitución de 1978 y el Estatut de autonomía intentaron conciliar los dos aspectos. Ahora habrá que reintentarlo otra vez y convencer al autonomismo catalán que se ha pasado al independentismo. Hay otra opción que es no hacer nada y seguir con una guerra de nervios permanente, que es lo que creo que no debe ocurrir.

Por supuesto que el ex ministro es muy libre de opinar lo que le venga en gana, pero no es libre para poner en boca de José Antonio Primo de Rivera palabras que jamás, al fundado de Falange, se le pasaron por la cabeza. A García Margallo, que no leyó nunca a José Antonio y dudo que sepa quién fue, le voy a recordar lo que, en diciembre de 1997, el entonces *president* Jordi Pujol declaraba en la revista *Tiempo* al periodista Santiago Belloch sobre el problema catalán: «Mire, sé que la cita es un riesgo, pero uno de los que lo entendió mejor, y en circunstancias muy difíciles, fue José Antonio Primo de Rivera». A continuación cita algunas palabras de las que José Antonio pronunció en el Congreso el 30 de noviembre de 1934 y quien tenga interés en conocerlas no tiene nada más que acudir a sus *Obras completas*. De todas las maneras voy a recordar los dos primeros párrafos con los que dio comienzo aquel discurso:



Francesc Carbó

Estoy seguro, señores diputados, de que a ninguno de nosotros, porque amamos a España, se nos puede ocurrir formular la más pequeña cosa que envuelva la menor sombra de agravio para Cataluña; no es ésta la primera vez que hablo en esta sala de semejante tema, y ya sabéis que dije siempre –si es que tenéis la benevolencia de recordarlo– que hay muchas maneras de agraviar a Cataluña, como hay muchas maneras de agraviar a todas las tierras de España, y una de las maneras de agraviar a Cataluña es precisamente entenderla mal; es precisamente no querer entenderla.

Lo digo porque para muchos este problema es una mera simulación; para otros este problema catalán no es más que un pleito de codicia: la una y la otra son actitudes perfectamente injustas y perfectamente torpes. Cataluña es muchas cosas, mucho más profundamente que un pueblo mercantil; Cataluña es un pueblo profundamente sentimental; el problema de Cataluña no es un problema de importación y exportación; es un problema difícilísimo de sentimientos....

Y ahora, permítame mi querido amigo Manuel Parra –a quien hace muy poco vi en Oviedo cuando en compañía de su esposa Rosa, partían para hacer el Camino de Santiago–, reproduzca las mismas palabras, si acaso alguna más, que citó en su artículo publicado en el número anterior de este medio, y que había pronunciado José Antonio en el Congreso el 4 de enero de 1934.



José Antonio Primo de Rivera

Nosotros amamos a Cataluña por española, y porque amamos a Cataluña la queremos más española cada vez, como al país vasco, como a las demás regiones. Simplemente por eso porque nosotros entendemos que una nación no es meramente el atractivo de la tierra donde nacimos, no es esa emoción directa y sentimental que sentimos todos en la proximidad de nuestro terruño, sino, que una nación es una unidad en lo universal, es el grado a que se remonta un pueblo cuando cumple un destino universal en la Historia. Por eso, porque España cumplió sus destinos universales cuando estuvieron juntos todos sus pueblos, porque España fue nación hacia fuera, que es como se es de veras nación, cuando los almirantes vascos recorrían los mares del mundo en las naves de Castilla, cuando los catalanes admirables conquistaban el Mediterráneo unidos en naves de Aragón, porque nosotros entendemos eso así, queremos que todos los pueblos de España sientan, no ya el patriotismo elemental con que nos

tira la tierra, sino el patriotismo de la misión, el patriotismo de lo trascendental, el patriotismo de la gran España....

Hay muchas más citas de José Antonio a Cataluña. Todas están recogidas en sus *Obras completas* y por eso recomiendo a García Margallo, que antes de decir estupideces, las lea. El ex ministro comete otro desatino, otra falta, cuando en una misma idea sobre Cataluña mezcla los nombres de José Antonio y Franco. Sin embargo, él lo sabe, nada tuvieron que ver en esa materia, ni en ninguna otra, el político con el militar. Es como si quisiera mezclar el agua con el aceite. Eso es imposible.

Problemas de tráfico

Manuel Parra Celaya

El diario *La Vanguardia*, que sigue actuando de boletín oficioso de los actuales prebostes de la *Generalitat* y recibe por ello cuantiosas subvenciones, titula hoy, 12 de septiembre, su portada *El sí toma las calles de Barcelona*; eso de *tomar* tiene un cierto regusto de acción militar, por cierto, y nos conduce sospechosamente a las figuras jurídicas de la sedición o de la rebelión. En todo caso, el rotativo se hace así eco del baño de masas que pretendían Puigdemont, Junqueras y sus imprescindibles conmitones de la CUP.

Felizmente, a un servidor le pasó desapercibido el despliegue de *gentes*, y el primer motivo es que aprovechó los dos días de fiesta consecutivos para recorrer bellísimos parajes de Huesca y sumergirse en un baño histórico, cultural y artístico de sus lugares. Creo que oí en este fin de semana hablar más catalán en Barbastro, Alquézar, Bierge o la capital oscense que en el resto de días de la semana en Barcelona; la causa era la gran cantidad de catalanes que tuvieron la misma idea que yo. En varias ocasiones escuché conversaciones muy sabrosas que explicitaban las razones del festivo *exilio*; una de ellas contenía concretamente la justificación más rotunda; los lectores permitirán que no la traduzca por quedar lo suficientemente clara y diáfana: *Estic fins al collons de la diada y de aquesta gent...*



El segundo motivo de no sufrir el impacto visual y auditivo de la alucinada masa de manifestantes fue el intenso tráfico de entrada en Barcelona, que obligaba a retenciones y paradas constantes; al parecer, a muchos ciudadanos les importaba un ardite, como a mí, el sedicente referéndum y los afanes de transformar Cataluña en una Venezuela mediterránea.

Si tuve que soportar estas molestias del tráfico a mi regreso, me consolaba contemplando las que se daban en la salida de la ciudad: además de los vehículos particulares con *esteladas* al viento, una legión de autocares colapsaba materialmente los carriles contrarios. Como uno es dado a reflexionar, supuse inmediatamente que en Barcelona se habían concentrado todos los *efectivos* para *tomar* sus calles (siguiendo el argot militar de *La Vanguardia*) desde todas las poblaciones.

No queriendo ser malpensado, supuse que todos los autocares habían sido sufragados por sus ocupantes religiosamente y no, en modo alguno, por los Ayuntamientos y otras instituciones públicas, para que el festejo, además de multitudinario, resultara gratuito para los manifestantes. No sé si mis sospechas estarán dando pistas a la Fiscalía sobre otra figura jurídica que se denomina malversación de fondos, pero tampoco lo sentiría mucho si es así.

La evidencia está a la vista de todos: la sociedad catalana está fracturada irremisiblemente, con una rotura muy difícil de soldar. La cosa viene ya de hace años, en el curso de los cuales se han quebrado amistades de toda la vida, incomunicación entre vecinos y compañeros de trabajo, dividido familias, enemistado hermanos y reñido matrimonios.

Se lo debemos, por una parte, a los empecinados nacionalistas, progresivamente radicalizados; por otra, a la inoperancia, incapacidad, timidez o complicidad de unos poderes nacionales que, en su tardío despertar, se están limitando a *llamar a sus abogados* para resolver un conflicto político y social de consecuencias imprevisibles.

La sospechosa actitud de nuestra clase política

Honorio Feito

Consumada ayer la traición a la unidad de España en el Parlamento de Cataluña, ante la estupefacción y la impotencia de un gran parte de la sociedad española y catalana, el Gobierno nos anuncia hoy la bajada del IVA del cine del 21 al 10 %, seguramente, Mariano Rajoy no quiere, en estos momentos, ver a los Bardem agitando en la calle a los intelectuales. Los españoles esperaban que hoy, 7 de septiembre de 2017, el día amaneciera con la noticia de que el Gobierno había decidido aplicar el artículo 155 de la Constitución, y acabar con esta pesadilla. Desarticular la trama insidiosa y pueril que un grupo de descerebrados ha tejido hasta convertir a una buena parte de la sociedad catalana en sustento de sus acciones, después de llevar a término una labor de adoctrinamiento gracias a las transferencias en materia de Educación, con total impunidad y sin considerar las numerosas denuncias de las familias que veían a sus hijos como cobayas en la escolaridad catalanista.

Jamás se ha podido escribir la crónica de una muerte tan anunciada como ésta; jamás la añagaza, el ardid, la astucia, la artimaña de un grupo de sospechosos manipuladores del 3 o del 5 por ciento, al que se ha unido otro grupo de coleguitas del marxismo, arguyó estrategia tan severa para imponer su derecho a manipular los impuestos y los presupuestos, lastimando nuestro talón de Aquiles, la unidad nacional, con el único objetivo de convertirse en manipuladores absolutos del dinero que genera la Comunidad Autónoma y del que el Estado les da a través de distintos cauces.

En el punto en el que estamos ya no sirven los análisis, pero resulta obvio, aunque sólo sea para recordar, que hemos llegado hasta aquí porque en esta partida ha habido un jugador convencido de su paranoia, los independentistas, frente a otro jugador, en este caso el Gobierno que preside Mariano Rajoy Brey y la oposición que completa el sistema, sospechosamente incapaces de arbitrar medidas eficaces para detener esta locura. Si los independentistas catalanes han conseguido la ruptura ha sido, principalmente, por la aparente ineficacia del Gobierno. Resulta patético ver en los informativos de todas las cadenas a la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría anunciar la apertura de expedientes, o reclamar la atención del Tribunal Constitucional para que disponga sanciones ante cada provocación o fanfarronada de Arturo Mas primero, y luego su sucesor Puigdemont, con la imagen entre ausente y alejada de otro vector de esta baladronada como es Junqueras.



Casa en Madrid, frente al Retiro, donde la muy comunista familia Bardem adquirió un piso de 350 metros cuadrados

La actitud del gobierno de Mariano Rajoy es turbia porque desde que comenzó el proceso, le han sobrado oportunidades y razones para la aplicación de normas, especialmente el artículo 155 de la actual Constitución, que no lesionarían a Cataluña, pero sí haría que los responsables de esta representación pagaran, como paga cualquier español, sus desacatos. La conducta del Gobierno es, pues, sospechosa de no aplicar la Ley con la claridad y la contundencia que la Ley contiene, y en su lugar, se han refugiado en las instituciones judiciales, cuando lo que demandaba la fechoría es la respuesta clara y contundente que nunca se ha producido.

¿Y que puede mover al gobierno del señor Rajoy a no aplicar la Ley? Un breve repaso por la Historia contemporánea de España nos lleva a la inevitable conclusión de que parece existir una especie de condena a la unidad de nuestra nación. La bravata catalana, a la que seguirán la vasca, la andaluza, la balear y la valenciana probablemente, no es un tema que comenzara a debatirse en estos tiempos. Tuvo su origen en pleno siglo XIX cuando, perdido aquel vasto imperio español, aprovechando la Guerra de la Independencia y la debilidad consiguiente del Reino de España, se comenzó el derribo de aquellas posesiones, que deberían haberse independizado de otra manera. Ante la negación de una evidencia, nuestra clase política se entregó a una situación de debate permanente durante el siglo XIX sobre el futuro de la única joya que nos quedaba, la isla de Cuba. Los españoles de entonces no vieron el peligro, y la clase política española, siempre tan alejada del sentimiento de la base social, tampoco; los catalanes, o al menos una parte de ellos, sí vieron lo que se venía encima y así lo manifestaron en varias ocasiones, y perdimos Cuba, por las circunstancias de todos conocidas, junto a Filipinas, Puerto Rico y la isla de Guam, hoy tan de actualidad también por las excentricidades de otro comunista.



Aniquilado el imperio exterior, comenzó la estrategia de ruptura de la unidad interior de España, la puntilla definitiva se consumaría con la figura de la federación o confederación de estados autonómicos o regiones, algo por lo que han apostado algunos líderes y partidos políticos actuales, conviene no olvidarlo, consecuencia histórica de lo vivido en el Siglo XIX, y que tuvo en el XX su continuidad. La Segunda República fue el escenario de un nuevo debate sobre la unidad nacional -lo que costó la dimisión de algún diputado socialista- al debatirse el estatuto de autonomía catalán e, interrumpido ese proceso por el Franquismo, volvió de rabiosa actualidad durante la Transición; aquello del «café para todos», con que Suárez, convencido o no, quiso contentar a los que mejor tajada sacaron del proyecto, que todavía defiende su responsable, Clavero Arévalo, desde su retiro sevillano.

¿Existe interés por parte de los poderes económicos, desde dentro o desde fuera, en consumir el proyecto soberanista de algunas comunidades españolas? Si no es así, nadie entiende, y los votantes del Partido Popular aún menos, tanta consideración ante la chulería de los líderes catalanistas y podemitas, en cualquiera de sus partidos, como la que ha venido aplicando el Partido Popular y el partido socialista sobre este asunto.

Porque en este despropósito, la oposición tiene también sus responsabilidades directas. Asistimos al espectáculo triste de las descalificaciones; a las insufribles sesiones parlamentarias que, más que construir, se han convertido en una especie de casting donde Sus Señorías asoman de vez en cuando para lucirse -o intentarlo- dejando en evidencia sus carencias parlamentarias y, en bastantes casos, su falta de sentido común para dirigir la política nacional. Una oposición ajena a los grandes retos que tiene planteados nuestra sociedad de hoy, y que en algunos casos, aprovechan la tribuna para lanzar soflamas que justifican el proceso catalán, o exhiben gestos

cuyo objetivo es romper la norma del comportamiento, que es como dirigir un mensaje subliminal a la sociedad para desafiar las normas establecidas. ¿Cuántos de ellos estarían dispuestos a aplicar el artículo 155 de la Constitución en Cataluña? ¿Cuántos de ellos disponen de otra medida capaz de alejar la amenaza independentista catalana? Probablemente, el resultado de esta pequeña encuesta nos daría una respuesta contundente y clara de por qué se ha llegado a esta situación.

Sobre el día de la «Diada»

Gustavo Bueno, filósofo

Por su interés, y con motivo de la reciente celebración de la «diada» en Cataluña, donde los separatistas con sus banderas esteladas tomaron la calle, rescatamos, para nuestros lectores, este texto que el filósofo Gustavo Bueno escribió el 11 de septiembre de 2010.

Compatriotas,

Obligaciones familiares ineludibles me impiden estar hoy en Barcelona atendiendo a vuestra invitación, como hubiera deseado. Que estas palabras puedan servir al menos para expresar mis ideas sobre los embrollos que se han ido urdiendo estos últimos años y que han cegado las cabezas de tantos españoles.

Todavía están sonando los ecos del Himno de los Segadores, creado para fingir una fecha heroica en la que habría logrado expresarse, por fin, la «nación política catalana». Pero la revuelta de los segadores de 1640 no fue una revuelta contra España, sino una revolución social dirigida por Rafael Godoy, de triste memoria histórica, contra la burguesía y aristocracia dominantes. Y en 1641, bajo la inspiración de Pablo Clarís, la Junta de Brazos y el Consejo de Ciento proclamó a Luis XIII de Francia como Conde de Barcelona. Ni siquiera en este hecho Barcelona pudo presentar un proyecto de Estado nacional, que nunca había tenido, porque los míticos Condes de Barcelona no fueron otra cosa sino representantes de la Marca Hispánica francesa. En realidad las reivindicaciones políticas de Cataluña se dirigieron siempre, ya desde la época de la Marca Hispánica, y sobre todo después de la experiencia con el régimen francés, en la época de Luis XIII, antes contra Francia que contra España.



Sesión en el salón del Consejo del Ciento

En la Guerra de Sucesión las revueltas contra Francia, y no contra España, se mantuvieron. La toma de Barcelona por el Duque de Berwick, el general de Luis XIV, aliado con el rey de España, su nieto, no fue el final de la lucha de Cataluña por su libertad; fue un episodio del conflicto de la guerra entre las grandes Potencias del Antiguo Régimen: España y Francia, por un lado, e Inglaterra y Austria por otro. La batalla librada en España, en la Guerra de Sucesión, entre Felipe V, el nieto de Luis XIV, y el Archiduque Carlos, que reivindicaba sus derechos de herencia al trono de España, fue una de las tantas guerras europeas que debían desarrollarse en el seno de esa «convivencia dioscúrica», que es la ley de la «biocenosis europea».

En los primeros momentos de su reinado, Felipe V había reunido las Cortes Catalanas, en 1701-1702, en las que se aprobaron todas las constituciones que le fueron presentadas, «las constituciones más favorables que había obtenido la provincia» (decía Feliu de la Peña).

«Vinieron a quedar los catalanes más independientes del Rey que está el Parlamento de Inglaterra» (dice Macanaz en sus *Memorias*).

En cualquier caso, el apoyo de Cataluña al partido del Archiduque Carlos nada tuvo que ver con un proceso separatista. El 5 de noviembre de 1705 el Archiduque Carlos había sido solemnemente jurado en Barcelona como Rey de España y Conde de Barcelona: «Visca la Patria!, Visca Carlos tercer!». Después viene la batalla de Almansa (25 de junio de 1707); no por ello cedieron los catalanes en su apoyo al Rey de España que ellos reconocían, el Archiduque Carlos. Y tras importantes variaciones de la coyuntura, entre ellas la muerte del emperador José I (en 1711), Felipe V, con la ayuda del Duque de Berwick, enviado por Luis XIV, decidió el asalto a Barcelona.

Rafael de Casanova, Presidente del Consejo de Ciento, propuso sucumbiesen todos los barceloneses antes de permitir la entrada de Felipe V. Sin embargo, el asalto tuvo lugar el 11 de septiembre de 1714. ¿Qué tiene que ver entonces la fecha, conmemorada hoy como Diada, con la «invasión» de Cataluña por el Rey de España? Era un proclamado Rey de España en Madrid, Felipe V, el que se enfrentaba a otro Rey de España proclamado en Barcelona, como «Carlos III»; y a quien, para más inri, le correspondía el título de Emperador del *Sacro Romano Imperio*.

Si «Carlos III» hubiese ganado la Guerra de Sucesión, se habría reproducido en el siglo XVIII la situación que en el siglo XVI tuvo lugar a propósito de Carlos I; en realidad, se reprodujo, más bien, la situación del «fecho del Imperio» que en el siglo XIII emprendió Alfonso X, sólo que al revés. Porque, en esta ocasión, el Rey de Castilla que aspiró al Imperio, se quedó sin él y, en la otra, el Emperador, que aspiraba al Reino de España, se quedó también con las ganas. De hecho parece que la amenaza de que, muerto el Emperador José I, «Carlos III» de España (y VI de Alemania) restaurase el Imperio de Carlos V, determinó que Inglaterra y Holanda le retirasen su apoyo, lo que favoreció, evidentemente, el triunfo final de Felipe V (que ya se había anunciado, desde luego, en Almansa).



Apunte sobre el monumento a Rafael Casanova

No cabe olvidar tampoco, como recuerda Jesús Laínz que en el asedio a Barcelona participaron miles de catalanes integrando el ejército de Felipe V, que entró en la capital catalana el 11 de septiembre de 1714. Y otros miles de catalanes lucharon en el bando de los sitiados en defensa de lo que ellos estimaban legítima dinastía española, la de Felipe V, y de la *libertad de toda España*, como dejaron claro en los comunicados, y sobre todo en el último discurso de Antonio de Villarroel, jefe militar de los barceloneses, cuando dijo que combatían *por nosotros y por toda la nación española*.

La «Diada» es el día del oscurantismo musicalizado por una «memoria histórica» que está envuelta, sin embargo, por el prestigio de la democracia.

Una ley redactada en 1980 por gentes interesadas en subrayar el *hecho diferencial histórico* de Cataluña, en lugar de subrayar su secular condición de parte de España; unos hombres indoctos a los que les daba igual ocho que ochenta; una ley votada por un Parlamento en el que muy pocos sabían algo del asunto, después de aprobada, resultó dignificada con el nombre de «Ley democrática».

El día de la «diada» no puede convertirse en los días donde el respeto por el prestigio del engaño democrático procedimental consolide las mentiras sobre las que todo se basa. Son los días de la vergüenza, que sólo puede ser remediada por la más firme voluntad de conocimiento.

Sedición anunciada

Antonio Burgos (ABC Sevilla)

Mañana (escrito previo a la Diada), que es la Diada de Cataluña, será el segundo ensayo general de golpe de Estado con vestuario de banderas de la estrella solitaria (que no son precisamente las de Texas, más bien las de Cuba). Ya hubo otro ensayo general, el primero, con la llamada manifestación antiterrorista que se convirtió en un colectivo ultraje independentista contra el Rey, la Constitución, la Unidad de España y los símbolos patrios. Esto del mal llamado «problema catalán» va por fascículos, y es completamente previsible. Aunque sea un topicazo tirar del título de García Márquez, me atrevo a decir que desde hace muchos años, desde el Clan Pujol en el poder a esta parte, es la crónica de una sedición anunciada... sin que le hayamos puesto coto como se lo puso, y en un santiamén, la II República cuando fue proclamado el «Estat Catalá». No, no es que yo quiera que la Legión entre por la Diagonal con el cordero por delante. Me conformo, como muchos españoles, con que hace muchos años se hubieran aplicado las leyes que la Generalidad y su Gobierno se saltan a la torera paradójicamente, porque ellos mismos han prohibido las corridas.

Esta sedición anunciada que mañana celebrará su segundo ensayo general de golpe de Estado hasta tiene sus símbolos. El último, la señora Martínez. En esas sesiones pesadas, pesadas del Parlamento Catalán para aprobar el «adiós, mi España querida» sin necesidad de dar el cante por Juanito Valderrama, ha habido un símbolo indudable: la señora Martínez, a la que por sus canas presento mis respetos. La señora Martínez (apellido catalanísimo, por cierto) es como esas jubiladas que se pasan las mañanas sentadas en un banco del parque echando de comer miguitas de pan a las palomas y los gorriones. Sólo que ella se dedica a alimentar la sedición catalana y en vez de echar miguitas, recoge de muy malas maneras, rayanas en el ultraje, las banderas de España que dejan sobre sus escaños, junto con la catalana autonómica de las barras sin estrella, el Bloque Constitucional que no está por la labor del golpe de Estado, cuando abandona el Parlamento Catalán para que ellos se lo guisen y se lo coman.



La señora Martínez quita las banderas de España y no passsa nada. Queman esa misma bandera de todos en la plaza pública, así como el retrato del Rey, y no passsa nada. Se pronuncia contra la sedición el Tribunal Constitucional y no passsa nada. En las Vascongadas tienen el deporte

popular de arrastrar piedras y cortar troncos, ¿no? Bueno, pues en Cataluña el deporte popular es saltarse a la torera las sentencias del Constitucional. Como su mismo nombre indica, si lo pronuncia un charnego procedente de Andalucía de los que con fervor de neoconvertos son ahora más separatistas y más independentistas que la leche que mamaron en Jaén: «Tribuná Constitucio... ná».

En Cataluña hay un perjurio colectivo al que el resto de España asiste impasible; algo así como los habitantes de Florida esperan la llegada del huracán. Como si se tratara no de una sedición en toda regla, sino de una catástrofe natural inevitable. Los que han jurado o prometido cumplir y hacer cumplir la Constitución son los primeros que se la saltan a la torera. De hecho, ellos mismo han aplicado el famoso artículo 155 de la Constitución. La autonomía catalana, entendida según dice la Constitución de 1978, no existe ya, la han derogado ellos. Existen los ensayos generales de la sedición independentista, y sus pasos previos que nadie impide. El Constitucional los puede acusar de lo que quiera, que a ellos les trae sin cuidado. Ellos, a lo suyo,

contra el Estado, siendo ellos el Estado en Cataluña. Consigno con dolor que hay una España que no creará en nada, ni en el propio Estado, hasta que vea que a Puigdemont lo meten detenido en un coche tal como cogieron por el cogote y empujaron a Rodrigo Rato.

Puigdemont tiende una mano al Gobierno: «Hasta el último minuto se puede negociar»

Iva Anguera de Sojo *(El Independiente)*

«Hasta el último minuto hay tiempo para el diálogo. Si el Gobierno español quiere negociar, podemos hablar de todo», El presidente de la Generalitat, Carles Puigdemont, ha tendido la mano al Ejecutivo este lunes durante la manifestación de la Diada. En una primera valoración en



la calle, Puigdemont ha instado a Moncloa a «reflexionar» y a «mirar lo ocurrido en las calles» durante la movilización nacionalista, destacando la «paz, convivencia y alegría» que ha reinado durante la manifestación. Lo ha hecho tras una convocatoria en la que las entidades soberanistas han sacado a la calle a un millón de personas según la Guardia Urbana, 350.000 según la Delegación del Gobierno.

Puigdemont «bendecía» así el giro iniciado horas antes por el presidente de la ANC, Jordi Sánchez, quien ha afirmado en declaraciones a RAC1 que los independentistas estarían dispuestos a suspender la convocatoria del 1-0 si el Gobierno se aviene a negociar un referéndum pactado y legal.

El president ha hecho hincapié en la heterogeneidad de los manifestantes, «de todas las edades y con todo tipo de lenguas», para subrayar la «normalidad más absoluta» y la reivindicación de que «la gente tiene ganas de votar». En este sentido ha reiterado «el compromiso» del Govern para que «puedan votar», y ha instado al Gobierno español a negociar en este sentido. No obstante, se ha mostrado pesimista sobre las opciones reales de este diálogo: «Es muy difícil que puedan cambiar ahora su lógica de pensamiento único, mediante el cual todo lo que ha pasado aquí no ha pasado o es gente fanatizada», ha lamentado.

«Pese a todos los augurios que querían que pinchásemos y con el compromiso insobornable con que los catalanes hemos decidido encarar la situación: de forma pacífica y democrática». «¿Qué



Muestra de la paz, convivencia y alegría que reinó en la Diada

más tenemos que hacer para mostrar que el pueblo de Cataluña queremos votar?», ha preguntado el presidente, y ha recordado que el problema es político.

Antes de salir a las calles, Puigdemont ha asegurado que no tiene «miedo» a ser detenido por desobedecer al Estado en la organización del referéndum. En una rueda de prensa desde el Palau de la Generalitat con medios de comunicación internacionales, acompañado del conseller de Asuntos Exteriores, Relaciones Institucionales y Transparencia, Raül Romeva, Puigdemont ha evitado cargar contra aquellos ayuntamientos que

«legítimamente han optado por no colaborar» en el 1-0.

Según el president, aunque haya ayuntamientos que no cedan los locales de votación municipales para poder votar en el referéndum, suspendido por el TC, habrá «una inmensa

mayoría» de ciudadanos que van a poder votar «en sus colegios habituales». Pero «allí donde el lugar tradicional de votación no sea el habitual, va a haber una alternativa idéntica» en términos de «accesibilidad», ha garantizado.

Ante la prensa internacional presente en la sala de prensa del Palau de la Generalitat, ha subrayado que «los catalanes van a votar el próximo 1-0», aunque se ha mostrado «abierto» a «acordar un referéndum si el Gobierno español» quiere, si bien ha subrayado que «no hay ningún tipo de contacto» en este sentido. Puigdemont ha asegurado que no tiene miedo a ser detenido porque «esto no se va a producir», ya que el Govern no está cometiendo «ningún delito» que esté tipificado en el código penal español.

«Si sale a votar un 5%, para mí este referéndum no es válido», ha dicho sobre la participación del 1-0 Puigdemont, que ha añadido que «si el “sí” es un voto de una enorme solidez» merecerá ser tenido en cuenta. Si gana el «sí» a la independencia, ha remarcado, el independentismo se habrá «ganado el derecho a ser escuchado» en Europa: «Estas graves dificultades que tenemos para poder hablar con el señor Juncker, por ejemplo, seguramente por las presiones de la diplomacia española, deberían desaparecer».

La discriminación ideológica

Hermann Tertsch (ABC)

El subjefe del grupo parlamentario del derechista Alternative für Deutschland (AfD) dimitió de su cargo por comentarios en la red tachados de racistas. En 12.000 páginas de chats se encontraron pasajes de 2015 de los que se deduce desprecio racial y disposición a la violencia. Eso ha bastado. Dimite de todo. Eso no le habría pasado aquí a un extremista. Siempre que fuera de Podemos. Con esa militancia en España se puede planear, desear y llamar al asesinato, al paseo, al estrangulamiento o empalamiento de los políticos rivales y no pasa nada. Centenares de tuits con llamamientos a matar, torturar o agredir a rivales políticos fueron publicados por la



prensa española. Eran de decenas de líderes comunistas de Podemos, incluida la plana mayor, los llegados de Venezuela donde ahora se tortura y ejecuta extraoficialmente a los discrepantes. Como en sus tuits. Siguieron en los cargos. Siendo de Podemos se puede también asaltar a feligreses con amenazas de muerte. Gratis. Mientras otros, con menos gritos y violencia, protestan contra una política ilegal y separatista y se les condena y mete de inmediato en prisión. ¿Y ese trato tan dispar? ¿Por qué esa obscena y permanente doble vara

de medir? El Tribunal Supremo dice que en Blanquerna hubo el agravante de «discriminación ideológica». ¿No la había en el asalto de Rita Maestre? Donde más discriminación ideológica parece haber siempre es en esas sentencias.

La «narrativa de la izquierda» ha alcanzado ya tal hegemonía y desprecio a la pluralidad y la ley que hace difícil la resistencia. Hacer frente al rodillo totalitario y significarse es una temeridad que se paga caro. En este sentido, en EEUU hemos asistido a un esperpento. Una manifestación legal de la derecha a la que se unieron grupos de extrema derecha fue asaltada en Charlotteville por una contramanifestación no legal de la extrema izquierda. Si los derechistas llevaban banderas y palos, los «antifascistas», encapuchados y con cascos, portaban barras de hierro, cuchillos y porras. La extrema izquierda ha tomado el campus de muchas universidades. Las palizas a todo sospechoso de no ser suficientemente progresista son continuas y van en aumento. Los profesores no militantes viven aterrados. Las estatuas de Colón son derribadas

con las de otros héroes de la historia de América. Se dispara el odio a la civilización occidental. Eso es parte del legado envenenado de un Obama que fraccionó la sociedad como nadie desde la Guerra de Secesión. El presidente Trump se esforzó por lo contrario. Condenó la violencia de ambas partes. Pues la justa equiparación de Trump entre nazis y comunistas provocó una oleada de indignación hipócrita a la que se unieron hasta necios del republicanismo centrista. De esa derecha cobarde que se asusta cuando puede ganar a la izquierda. España sabe mucho de eso. Aquí la derecha ha asumido el espacio con lo peor de la izquierda, por lo que esta se ha ido al extremismo comunista y antiespañol, donde pedros y pablos se mezclan con separatistas catalanes desbocados y los sabinos y etarras vascos en espera. Huérfanos han quedado los españoles que votaron por abrumadora mayoría a una derecha con un mandato –hoy ya traicionado– para una reconstrucción bajo una idea nacional de libertad, ley, racionalidad y orden, capaz de enmendar los graves errores de las pasadas décadas y reconstruir un Estado viable basado en la ley y la igualdad. La reacción contra el totalitarismo izquierdista bajo el manto socialdemócrata ya está en marcha en muchos países. Aquí, donde ese totalitarismo reúne a todos los enemigos de España, hay tantos motivos para esa reacción liberadora como en cualquier país occidental. Pero mucha más urgencia.

La república barataria o las imposiciones sectarias

Nacho Toledano

No es sólo que la independencia de Cataluña no pueda ser es que, además, es imposible. El mito de la independencia catalana es uno de los timos políticos más grandes de la España moderna... ¿en qué cabeza cabe que, desde el día 2 de Octubre, pueda separarse de España todo un territorio y todo un pueblo al que estamos unidos por infinitas, estrechísimas y ancestrales vinculaciones personales, familiares, profesionales, tecnológicas, administrativas, jurídicas y económicas? ¿Quién puede creer seriamente que, de golpe y porrazo, todos esos innumerables vínculos pueden desaparecer y quedar relegados por una línea fronteriza? ¿Alguien puede

creerse que por decreto una parte esencial de España se queda fuera de la propia España, del Euro, de la Unión Europea y de todo a partir del mes que viene? ¿Alguien se imagina a toda la sobredimensionada estructura de nuestro Estado retirándose de una parte de España y cediendo su control a una República Barataria?



No va a haber independencia catalana porque siglos de convivencia nos han unido: nos unen los lazos recíprocos propios de un Estado del Siglo XXI y de un mundo occidental globalizado. No va a haber República Catalana aunque la proclamen desde el balcón ante el gentío. Porque sólo por medio de una actuación a nivel estatal –de una actuación desarrollada por todos los españoles en su conjunto– podría desconectarse Cataluña. Y esta actuación del conjunto de todos nosotros tan sólo podría venir dada por una reorganización constitucional de nuestro modelo territorial. Cataluña es cosa de todos, y no sólo de la extraña

tropilla que, coaligada para tal ocasión, se ha arrogado la exclusiva representación del pueblo catalán. Otra cosa es que ellos la pidan, la exijan y la proclamen como cosa hecha e inevitable: sueños de una oligarquía política –estos piezas eran muy españoles antes de este aquelarre, y a

la hora de trincar la guita mientras hablaban de una nación española unida en el respeto a los hechos diferenciales- que está buscando impunidad al calor de este timo.

Al referirse a eso que llaman el procés -que, al parecer, no es otra cosa que la sucesión de los hitos políticos y jurídicos que deben desembocar en el nacimiento de la República Catalana- ha dicho el Presidente Puigdemont que el independentismo va a triunfar porque la democracia es imparabile. Este señor es un cachondo. Algo así decía también el General Budienny de su Primer Ejército de Caballería del Ejército Rojo durante la Guerra Civil Rusa: que la democracia galopaba junto a los cascotes de sus caballos y sobre sus sillas de montar. Esta referencia me lleva a Isaak Bábel y a su maravilloso libro *Caballería Roja*: una obra especial que releí en un momento también muy especial de mi vida bajo los árboles centenarios de Ávila.

Extraña asociación de ideas que ilustra -de manera perfecta- lo que ha venido ocurriendo estos últimos días en el Parlamento de Cataluña: una carga de caballería que ha arrasado con todo lo que se le ha puesto por delante en nombre de la democracia. Supongo que, en esto como en tantas y tantas cosas, todo depende de la perspectiva que uno tenga a la hora de encarar la democracia, tanto en sus formas como en su contenido. Sabemos que nuestra democracia es imperfecta, y que necesita ser exhaustivamente profundizada y completada a través de una acción política que incremente el poder de decisión de las personas en todos sus ámbitos. Creemos que es necesaria una mayor implicación del ciudadano en los asuntos públicos y que hay que eliminar toda influencia de lejanos y opacos poderes financieros sobre la vida pública. Todo eso y mucho más soñamos en aras de una democracia más perfecta y feliz.

Pero ahora tenemos esta. Y unas leyes legítimas que -anticuadas o no y transformables o no- tenemos todos que cumplir.

Por eso, no creo que lo del Muy Honorable Presidente Puigdemont tenga algo que ver con lo que entendemos por democracia. Esta gente nos ha tomado por tontos. Porque bajo la cobertura de los lemas mil veces repetidos de respeto a las decisiones del parlamento catalán o de la suprema voluntad de los ciudadanos catalanes o del derecho a decidir por encima de cualquier otra cuestión no existe otra cosa que una subversión -por lo demás bastante pacata y morcillona- de la legislación vigente. Pero como esta gente no se atreve a manifestar rotundamente su plena ruptura con la Constitución y con las instituciones del Estado -miedo a las consecuencias judiciales de carácter económico o penitenciario- se pasan el día escudándose detrás de una apariencia de legalidad en la que, obviamente, ni ellos mismos pueden creer. Por supuesto que toda transformación revolucionaria debe hacerse en contravención radical de la legislación vigente -faltaría más- pero sorprende esta cautela y este amparo en los conceptos huecos de un legalismo cada vez más barato. Revoluncioncita de cartón piedra y tanto miedo como tan poca vergüenza a la hora de plantear sus fantasmales reivindicaciones. Pobres catalanes, ¿qué han hecho para merecer esto? ¿Alguna maldición antigua y pavorosa de la Corona de Aragón les ha llevado irremisiblemente a los Pujol, a Puigdemont, y al procés?

No somos pocos los falangistas que -a pesar del griterío hueco que ha predominado en la cuestión dentro de nuestro entorno político- hemos creído que la crisis catalana no era más que otra manifestación del estado de disolución generalizada que, a causa de la recesión capitalista, ha sufrido el Estado nacido al amparo de la Constitución de 1978. Se han ido al garete las normas y principios que, hasta este momento, habían configurado el equilibrio de nuestro modelo político. El País de las Maravillas de Felipe VI, de la corrupción, del desempleo y del parlamentarismo caótico que nos ha tocado vivir -el fraude de los llamados emergentes- sin que



nos extraña lo más mínimo que haya gente que se quiera marchar: bajarse en marcha de este tren que no nos lleva a ningún destino deseable o atractivo. Nos falta un proyecto nacional válido y capaz de ilusionarnos y, por ende, que nos sirva para mantener unida esta jaula de grillos ruidosos.

Cataluña no se va a separar. A pesar de Puigdemont –Presidente sectario de sólo una parte de los catalanes e inestimable testaferro de fuerzas más oscuras y discretas– y compañía. Por muchos que sean –que no son tantos– no venden más que humo. No cedamos ante la coacción y abramos –a nivel político y con participación de todos– un debate creativo sobre una nueva organización territorial de España. Transformemos entre todos –dialogando y no mediante imposiciones de taberna– el modelo agotado de 1978. Mantengamos la calma y la cabeza fría y dejemos actuar, sin más, a la Justicia en todas sus posibilidades. Procedimientos constitucionales y querrelas criminales a gogó. Pero sin dejar de reclamar lo que queremos en la tarea de la construcción de una Patria nueva y más justa.

Sin tanques ni fusilamientos ni derramando hasta la última gota de vuestra sangre. Sin memes pesadísimos y reiterativos sobre la unidad borbónica y administrativa de España, sobre la necesaria –válgame Dios– intervención del Ejército o sobre la cabra de la Legión. Sin –ni tan siquiera– aplicando ese inconcreto artículo 155 de la Constitución que –cosas de la vida– tanto y tanto nos han invocado últimamente incluso aquellos que siempre han abominado de esta misma Constitución –ahora parece que ya no lo es tanto– atea, antiespañola y masónica. Sin violencia, ni facherío, ni aspavientos ni gritos.

Dejemos que los Jueces condenen, embarguen y sancionen –si es que tienen que condenar, embargar o sancionar– y que toda persona que se salte la Ley pague por ello. Esa Ley con mayúscula que, mientras no consigamos cambiar las reglas del juego, es lo único que nos defiende de unas conductas tan ilícitas y salvajes como estas: lo único que puede detener a la sinrazón coactiva de la caballería de Budienny.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

Tres de cada cuatro ciudadanos reclaman más rigor a la Justicia ante el órdago secesionista

Fernando Cancio (*La Razón*)

Más contundencia. Es lo que piden los españoles al Gobierno para frenar el desafío independentista, sobre todo después de los polémicos episodios de la pasada semana en el Parlamento de Cataluña. Es lo que se desprende de la última encuesta de NC Report para *La Razón* (elaborada entre el 31 de agosto y el 8 de septiembre), que muestra cómo más de la mitad de los ciudadanos (52,6 por ciento) cree que el Ejecutivo de Mariano Rajoy no está actuando con la suficiente contundencia ante la desobediencia de los independentistas, frente a un 32,6 por ciento que considera que sí que está siendo firme en la defensa de la unidad de España.

Es por ello por lo que la mayoría de los españoles (74,7 por ciento) considera necesario que la Justicia actúe todavía con más rigor que hasta ahora. ¿Para qué? Al menos para el 50,8 por ciento de los encuestados, para así desmontar el proceso independentista. Eso sí, también hay un 9,3 por ciento que piensa que no es necesario más rigor judicial y un 38 por ciento que cree que más contundencia por parte de los tribunales no implicaría poner fin a la desobediencia ni al órdago secesionista. También es mayoritaria la opinión de los que piensan que los independentistas catalanes pretenden burlarse del Estado. Así lo considera el 70,1 por ciento, mientras que el 15,2 por ciento no lo ve de esa manera.

Y entre todo lo que está en la mano del Gobierno para acabar con el desafío, más de la mitad de los ciudadanos (57,4 por ciento) tiene claro que lo principal es no consentir bajo ningún concepto la celebración del referéndum ilegal del próximo 1 de octubre. Frente a ellos, el 31,9 por ciento cree que sí que debería permitir votar a los catalanes. Entre otros motivos, porque una gran mayoría de españoles (80,1 por ciento) afirma tajante que Cataluña no es una nación, algo que sí que piensa el 12,9 por ciento de los encuestados.

Toda esta situación que se ha vivido en los últimos meses y que se ha intensificado notablemente en las últimas semanas, lo que ha provocado entre los españoles es preocupación por lo que ocurre y pueda ocurrir en Cataluña. Según la encuesta, dos de cada tres personas (65,3 por ciento) se confiesan intranquilas por los episodios que llegan desde dicha comunidad y su Parlamento, mientras que el 28,9 por ciento no muestra inquietud alguna.

Sin embargo, lo que la mayoría de los españoles no admitiría es que, a cambio de poner fin al proceso rupturista, el Gobierno otorgase más privilegios a Cataluña para suavizar su encaje en España. Tres de cada cuatro (75,5 por ciento) lo rechaza tajantemente, mientras que el 12,2 por ciento aceptaría ese «soborno» a cambio de dejar a un lado las pretensiones secesionistas.

Pero la encuesta muestra también, además de esa exigencia de firmeza, como hay una importante división entre las diferentes franjas de edad. Por un lado, son los ciudadanos más jóvenes los que menos contundencia piden al Ejecutivo y los que más a favor se muestran de llegar a una solución dialogada. Por otro, los de mayor edad son los más críticos con la débil actuación del Gobierno y con los argumentos independentistas.



Tribunal Superior de Justicia de Cataluña

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.